

El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino

MIGUEL ANGEL PALERMO*

RESUMEN

Este trabajo aborda distintos aspectos del papel económico de las mujeres en las sociedades indígenas pampeano-patagónicas entre fines del siglo XVI y del XIX, cuando el contacto con la sociedad hispanocriolla y la adopción de novedades en materia agropecuaria por parte de estos pueblos los llevaron a una serie de grandes cambios económicos y sociales, en medio de una peculiar situación de fricción interétnica con los "blancos".

ABSTRACT

The present article is focused on the different economic roles performed by women within Pampa-Patagonia Indigenous societies between late Sixteenth and Nineteenth-Centuries. It was then when the contact between Hispanic-Creole society started and new grazing techniques were adopted. Both questions led those Indigenous societies to social and economic changes. All those happened amidst a period of interethnic

Pese a las dificultades para distinguir el papel femenino en estas economías, por factores relacionados con el tipo de fuentes históricas disponibles, estas últimas muestran aspectos poco descritos en la bibliografía. Así, se puede acceder a la relación de las mujeres con la propiedad del ganado lanar, a la gravitación de los textiles producidos por las manos femeninas, a la participación directa de mujeres en el mercado y el concomitante bilingüismo de muchas de ellas, a la importancia de las dotes matrimoniales y de las cautivas.

conflict with the "white" society.

Although there are difficulties to clear up women's role within native economy, the available historical sources show interesting and innovative aspects not too much explored in former bibliographies. Thus, it could be possible to gather information about women as sheep owners and wavers, women's bilingual experience. Additionally, this paper describes women's captivity and the importance of dowry within native society.

* Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", UBA/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

SOBRE MUJERES Y VARONES

Una primera mirada sobre los grupos indígenas tradicionales de la Pampa y la Patagonia llama generalmente la atención, en primer lugar, hacia los roles masculinos. Caciques más o menos famosos, capitanejos, guerreros y lenguaraces se manifiestan en seguida ante el observador externo, mientras que normalmente las *chinas* aparecen relegadas a un segundo plano, entre la masa de la *chusma*, o sea el conjunto de aquellos que no están en condiciones de tomar las armas: mujeres, niños, ancianos muy viejos. ¿Significa ese segundo plano una menor gravitación social? Nada de eso. Pero en realidad la pregunta debería ser: ¿es un segundo plano? Y la respuesta es: no; se trata simplemente de un problema de la perspectiva desde donde se dirige la mirada. En realidad, como diría Harris (1986:79), "Las mujeres siempre son más influyentes entre bambalinas que lo que parecen serlo en escena". "Escena" y "bambalinas", repetimos, para quienes estamos ubicados en un cierto lado del escenario.

Aquí -como en todas las sociedades- el papel de la mujer era tan importante como el del varón¹. No significa esto que necesariamente fuera percibido de esa manera por el grupo, sino que lo era en la práctica a los efectos de la reproducción social y económica, más allá de la ilusión que provocasen las apariencias de mayor estatus masculino, que compensaban a quienes debían estar dispuestos a caer en la guerra o ante otros peligros; piezas descartables, al fin de cuentas, para que prosiguiese la rutina de la vida del grupo (descartabilidad, eso sí, pagada con honores).

¿Por qué nos cuesta reconocer el papel femenino o vemos como más importantes ciertas funciones desempeñadas por los hombres?² En parte, por esa cuestión de perspectiva de que hablaba recién: las actividades masculinas son lo que se puede ver más fácilmente desde afuera;

especialmente en el caso de los etnohistoriadores, quienes en general nos debemos conformar con lo que otros consideraron importante y por eso se decidieron a registrar. Dicho en menos palabras: parece más importante porque es de lo que más se conoce. Pero reconozcamos que a veces la culpa no es tanto de las fuentes sino de quienes las estudiamos (incluidas algunas feministas), porque enredados en parecida valoración de los estatus que la gente de los grupos analizados, tendemos a resaltar ciertas actividades en desmedro de otras. Por cierto, las tareas de las mujeres suelen parecer más rutinarias y repetitivas, y sin dudas son menos espectaculares que las de sus pares masculinos. Como decía Service (1973:20), el trabajo de las mujeres, que nunca se acaba, es "aburrido, monótono, falta de romanticismo, y generalmente pasa inadvertido. ¿Debemos deducir por ello que carece de importancia?"

INDIOS RICOS, INDIOS POBRES: CUESTION DE MUJERES

En 1806 Luis de la Cruz, al recorrer el territorio pehuenche buscando camino desde Concepción (Chile) hasta la ciudad de Buenos Aires, escribió algo acerca de esta etnia que sin embargo puede proyectarse a las restantes poblaciones indígenas de la Araucanía chilena, de la Pampa y de Norpatagonia a partir del siglo XVIII:

"El indio que tiene muchas hijas y parientas es rico, aunque no tuviese otra hacienda que ésta, y por el contrario pobre el que abunda en hijos y parientes varones ..." (De la Cruz 1836:59)

Las razones eran las dotes entregadas a los familiares de la novia en ocasión de las bodas, y el papel del trabajo femenino. Vamos por partes.

¹ No pretendemos aquí aparecer como los descubridores de la importancia femenina en estas sociedades. En distintos enfoques, por ejemplo, ya Raúl Mandrini la señaló explícitamente en su trabajo de 1985, y lo mismo hizo Leonardo León Solís en el suyo de 1989-90, ambos publicados en nuestro país. Esperamos, solamente, añadir elementos de juicio al tema.

Ampliaremos próximamente este trabajo que ahora ofrecemos al lector, apuntando a recabar mayor información que es probable que exista al respecto en el Archivo General de la Nación, y más específicamente a profundizar el papel de las cautivas.

² En el caso pampeano-patagónico, por ejemplo, suele parecer incomparablemente más importante el manejo masculino del ganado vacuno y equino que otras tareas femeninas, incluido el tejido, cuya gravitación veremos.

UN TELON DE FONDO QUE CAMBIA

Ya que empezamos hablando de escena y bambalinas, sigamos un poco más en términos de teatro y consideremos brevemente cómo fue cambiando el telón de fondo sobre el cual se tejió la vida de estos actores.

Los grupos de estas regiones de la actual Argentina presentan la peculiaridad de haber mantenido su autonomía entre las últimas décadas del siglo XVI (cuando se efectuaron las primeras instalaciones hispanas locales) y casi fines del XIX, cuando las campañas militares arrasaron las sociedades autóctonas. Esa autonomía política y territorial respecto de la sociedad colonial primero y republicana después, se sostuvo en un proceso de alternancia de guerra y paz (para detalles al respecto, véanse los trabajos de León Solís 1982 y 1989-90, Bechis Rosso 1984, Crivelli Montero 1991 y Mandrini 1993).

En esos siglos fue ocurriendo una gran transformación económica y social en el seno de estas sociedades, transformación que se operó en distintos niveles y alcances según los diferentes grupos. Por distintas vías, los ganados equino y vacuno de origen europeo se difundieron desde el siglo XVI (Palermo 1988) y fueron adoptados prontamente por la población aborigen. En consecuencia, la vieja economía cazadora-recolectora de los antiguos querandíes de la región pampeana fue cediendo paso a las prácticas ganaderas, aunque caza y recolección siguieron proporcionando recursos para la subsistencia local; similar proceso ocurrió entre los *günün* a *küna* o tehuelches septentrionales.

Mientras, del otro lado de la Cordillera, los pueblos de la Araucanía chilena iban muy

adelantados en incorporar los nuevos animales (junto con nuevas plantas cultivadas) y fueron transformando su ganadería tradicional, de raíz prehispánica (Palermo 1986-7).

Esta nueva ganadería indígena³ redundó en nuevas pautas de transporte, guerra, alimentación, vestimenta y vivienda, pero sobre todo en la posibilidad de acumular riqueza y de que se realizaran amplios intercambios entre las tribus y con la sociedad hispanocriolla del otro lado de las fronteras en la Argentina y Chile (Mandrini 1986 y 1987, Palermo 1986 y 1988, Villalobos 1988, León Solís 1989-90 y 1991). Los ganados vacuno y caballo no fueron solamente un revolucionario bien de uso, como interpretaron tradicionalmente los cultores del *horse complex*, sino que además -y muy especialmente- funcionaron como un bien de cambio de gran demanda. El ovino, por su parte, permitió en el siglo XVIII una notable expansión de la tejeduría indígena sobre la Pampa, que asimismo funcionaba como proveedora de bienes de cambio.

Como decía, este proceso no fue parejo. Se manifestó fuertemente entre los grupos mapuches -y entre los "araucanizados" de las pampas- y también entre los tehuelches del norte. Los *aónik'enk* o tehuelches meridionales, en cambio, no ingresaron tan de lleno en la vorágine mercantilista que involucró a sus parientes septentrionales y a las etnias de la Pampa, el noroeste de la Patagonia y el centro de Chile. Si bien los *aonik'enk* eran presencia frecuente en las ferias indígenas, donde tenían sus rubros especializados, considero que -si se lo compara con los demás pueblos- su modo de producción fue menos alterado en lo esencial⁴.

Este intercambio económico fue integrando paulatinamente a las poblaciones de la Pampa y

³ Al hablar de ganadería lo hacemos aquí en un sentido amplio. A través del tiempo y con variaciones según las etnias involucradas, el manejo del ganado reconoció diferentes modalidades técnicas y grados de perfeccionamiento. Contra lo que sostuvieron viejos trabajos como el de Steward y Faron (1959), en ciertos casos se asistió a un eficaz proceso de cría de rodeos; véanse, por ejemplo, las situaciones que muestra Mandrini (1987, 1991) para el sur bonaerense desde fines del siglo XVIII y el mejoramiento de los ovinos alcanzado entre los pastores indígenas (Palermo 1988). En otros casos, en cambio, posiblemente el manejo ganadero se restringió a la captura de vacas cimarronas y caballos baguales, o al saqueo de ganados de las estancias durante las guerras y los malones. No obstante, insisto en mantener también para estos casos el término de *ganadería*, ya que al fin de cuentas también se lo utiliza para los estancieros criollos de tiempos coloniales, quienes durante mucho tiempo limitaron su tecnología pecuaria al arreo de animales criados salvajes en el campo o a su matanza y faena *in situ*, transportando luego en carretas hasta la ciudad los cueros y sebos.

⁴ Aprovecho la ocasión para aclarar al respecto algo que posiblemente no expuse con la debida claridad en un trabajo anterior (1986), dando lugar a que -en un párrafo de su interesante trabajo- Lidia Nacuzzi (1991) me hiciera una crítica. En realidad, nunca he pretendido

la Patagonia argentina con la Araucanía chilena⁵. En relación con esto, se desembocó en una influencia cada vez mayor de la sociedad mapuche⁶ sobre los pueblos de este lado de la Cordillera, proceso registrable en buena escala desde el siglo XVII.

Con esta corriente, que procedente de Chile irradiaba cada vez con mayor fuerza desde el Neuquén y el oeste de Río Negro, fueron ingresando crecientemente las manufacturas mapuches. En realidad, en esto se seguía una vieja tradición, porque dichos bienes ya aparecían por lo menos en el siglo XVI en actual territorio argentino; así lo registró en 1581 Juan de Garay respecto de los tejidos que vio en Cabo Corrientes, hoy provincia de Buenos Aires (Garay 1915:427). También se introdujo la agricultura, que primero afectó a los pehuenches neuquinos, ya en el siglo XVII (Rosales 1877-8), y después se fue expandiendo -con mayor o menor intensidad- sobre la Pampa durante el siglo siguiente, si bien ciertos grupos bonaerenses -muy especializados en la ganadería- no llegaron a incluirla en su economía (Mandrini 1986, 1987 y 1991; Palermo 1988).

También arribaron por esta vía la platería y

en el XVIII, sobre todo, la tejeduría y su contraparte -el pastoreo de ovinos- que involucraron principalmente a grupos pampeanos y de tehuelches septentrionales.

El *mapudungu* o idioma mapuche se convirtió en una especie de lengua general para las relaciones interétnicas. Al aumentar la influencia mapuche en los siglos XVIII y XIX, y empezar la directa instalación de contingentes de ese origen en zonas de Norpatagonia y la Pampa, esa lengua creció en importancia, igual que muchas otras costumbres de esa misma procedencia que desde entonces fueron usuales no solo entre los migrantes sino en otros pueblos "araucanizados", donde hubo incluso casos de sustitución lingüística.

A todo esto, y con el creciente desarrollo del intercambio de bienes, las sociedades indígenas fueron conformando en los siglos XVIII y XIX lo que creemos fue un único sistema poliétnico (Palermo 1991) que abarcaba a los grupos de la Pampa, la Patagonia y Chile central y presentaba diversos grados de integración y puntos de articulación. Para la propia supervivencia, los grupos locales dependían mutuamente de sus vecinos (y a veces no tan vecinos): consumían productos elaborados por otros o por éstos

que los tehuelches meridionales hayan permanecido cristalizados en un modelo económico inmóvil y sin transformaciones. ¿Cómo ignorar los cambios registrados en tantas cuestiones por ese pueblo, bien marcados ya en un viejísimo trabajo de Cooper (1925), reafirmados por el mismo autor en su artículo de 1946, recordados por Palavecino poco después (1948) y bien reseñados por Boschín y Nacuzzi en 1979? ¿Y cómo pretender, en general, la existencia de una sociedad sin cambios a lo largo de 350 años? Resulta inimaginable, salvo en alguna fantasía redfieldiana sobre la "sociedad tradicional". Los tehuelches meridionales cambiaron mucho su *modus vivendi* entre los siglos XVI y XIX; pero lo que yo digo es que siguieron siendo básicamente un pueblo que dependía en principal medida de la caza y la recolección (sin que al decir esto pretenda que entre los grupos pampeanos y norpatagónicos esas actividades hubieran quedado suprimidas). En el intercambio de bienes con otras gentes ofrecían sus excedentes de caza -pieles, plumas, carne- y algunas manufacturas vinculadas de una manera u otra con ella -mantos de piel, bolas para boleadoras-. Sin duda, el mayor desarrollo de los mercados indígenas desde el siglo XVIII y la aparición de los enclaves costeros hispanos en esa misma centuria -Carmen de Patagones, San Julián, etc.-, así como la aparición posterior de Punta Arenas y las colonias galesas, los llevaron a la producción de dichos excedentes en volúmenes antes inexistentes, lo cual no deja de ser importante, y mucho. Variaron técnicas de caza, armamentos y alimentos. Les llegaron telas mapuches y europeas (y algunas de sus mujeres hicieron tejidos), piezas de platería (y algunos de sus hombres incursionaron en este arte), etc. Pero no hubo entre ellos el peso imperioso del comercio que llevaba a los indígenas de más al norte incluso a presionar bélicamente en las fronteras, buscando la apertura de éstas a los mercados *paisanos*. No se hicieron ganaderos ni siquiera en el nivel más elemental de lo señalado en la nota³: dependían de otros pueblos para conseguir sus caballos y eran mediocres en el manejo del vacuno, con el que estaban poco familiarizados (véase el caso que relata Antonio de Viedma (1837:44) en 1781, cuando los hombres del cacique Julián Gordo, del golfo de San Julián, pidieron ayuda a los españoles para matar dos toros bravos). Entre las etnias del norte, los ganados -junto con otras muchas cosas- dieron lugar a un nuevo modelo económico y social, con acumulación de riqueza. Entre los *añik'enk*, la presencia del caballo nada más -¡y nada menos!- potenció, facilitó y modificó el antiguo sistema. Entre los *añik'enk*, la presencia del caballo nada más -¡y nada menos!- potenció, facilitó y modificó el antiguo sistema.

³ Aunque otros autores tocaron el tema, creo que Bechis Rosso en 1984 y León Solís, en sus trabajos de 1982 y 1987, fueron pioneros en considerar explícitamente la continuidad de los procesos chileno-pampeano-patagónicos como unidad de análisis. En su ponencia de 1989, durante el Iº Congreso Internacional de Etnohistoria, la primera habla de la aparición de un área pan-araucana (Bechis 1989:4-5) en el siglo XIX. En mi caso, prefiero extender la unidad también a grupos no mapuches o débilmente araucanizados, como veremos en seguida.

⁶ Aludimos así genéricamente a las sociedades indígenas del centro de Chile, parlantes del *mapudungu*, "araucano" o "lengua de Chile". Con ello no se pretende una estricta unidad étnica y cultural de aquéllas; en particular, su influencia se presentó sobre actual territorio argentino por la vía principalmente de los huilliches y en menor medida de los pehuenches (véanse León Solís 1987 y Villalobos 1988).

importados, necesitaban alianzas para la guerra, etc. Se constituyeron grupos étnicamente mixtos y hubo fenómenos similares que no es el caso abordar ahora (algunos avances sobre el tema, en Palermo 1991).

Semejante dependencia y tal integración se extendían hacia la sociedad "blanca": manufacturas e insumos como armas, herramientas, ropas, planchas de latón, tabaco, afil para teñir la lana, alimentos (cereales, azúcar, yerba mate, bebidas alcohólicas) y otras mercancías inundaban cotidianamente las tolderías para convertirse en necesidades vitales (véase una interpretación general al respecto en nuestros trabajos de 1986 y 1988, y el detalle de esta actividad y sus modalidades en Mandrini 1985 y León Solís 1989-90 y 1991). A cambio, cruzaban las fronteras ganado⁷, textiles, talabarterías, recipientes de madera, sal, plumas y otros bienes de producción indígena. La demanda de éstos tenía que ver, lógicamente, con las alternativas de la sociedad "blanca" y, de esa manera, circunstancias a veces muy alejadas de las regiones en cuestión venían a explicar procesos ocurridos en ellas: el desarrollo del Potosí; el crecimiento de Chile como satélite económico de aquél (Assadourian 1982, Romano 1965); la ganadería porteña, santafecina y cordobesa; el contrabando en el Río de la Plata, etc. tenían fuertes efectos sobre las economías tribales. Mientras, paralelamente, el crecimiento de polos coloniales con su producción en busca de mercado (Assadourian 1982) también repercutía sobre el intercambio con los indígenas: el azúcar y la yerba mate del Paraguay y las Misiones, el tabaco negro del Brasil, los aguardientes cuyanos, los granos chilenos etc., encontraban importantes compradores entre las tribus, donde se registraron

casos de especializaciones mercantiles (León Solís 1989-90, 1991).

Todo este proceso de fuerte dependencia mutua ocurría en el marco de períodos de cruentas guerras y ataques entre las sociedades coloniales/ republicanas e indígenas (con la excepción, normalmente, de los tehuelches meridionales). Eran sociedades enfrentadas, cuyas relaciones se ensombrecían con deudas de sangre, secuestros, destrucción y robos. Una actitud despectiva tenía normalmente la mutua apreciación (unos calificaban como "salvajes" y "bárbaros" a los otros, éstos despreciaban la forma de vida criolla, el modo de ser del *winka*). Pero, sin embargo, existía una frontera permeable llena de situaciones intermedias, de "indios amigos" que vivían en tierras "blancas", de refugiados criollos que encontraban mejor la vida en los toldos comparada con la opresión del medio rural, etc. Por eso es que pienso que esta situación puede considerarse como de "fricción interétnica" a la manera del modelo que propone el brasileño Roberto Cardoso de Oliveira (1964, 1968, 1977).

A esta altura, habrá de disculpar al lector -si sigue allí- esta redundancia en repetir lo que ya se ha dicho antes⁸, pero resultaba indispensable para dar contexto al papel de las mujeres en las sociedades pampeano-patagónicas. Ya vamos a eso.

MUJERES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Poco y nada sabemos sobre la situación y el papel de las mujeres de las etnias de la Pampa y la Patagonia⁹ en esta época; las dos regiones, aún desconocidas prácticamente para los pri-

⁷ No debe simplificarse un proceso bastante complejo pensando con esta afirmación que el paso de ganado por las fronteras se efectuara únicamente en una sola dirección. León Solís (1991) y Villalobos (1988) presentan varios casos de pehuenches compradores de caballos a los criollos chilenos. Ciertas cambiantes circunstancias y las situaciones diferentes de las distintas etnias obligan a una consideración pormenorizada del tema, que no es pertinente ahora.

⁸ Traté de incluir aquí al respecto lo menos posible para una comprensión del tema. Personalmente detesto aquellos trabajos cuyo marco teórico es ... el grueso de lo que se entrega. Creo que, recordando al fray Guillermo de *El nombre de la rosa*, tenemos que evitar que nuestra ignorancia de lo particular adopte "la forma bastante diáfana de una idea universal".

⁹ Los grupos étnicos considerados son los siguientes:

- Los aónik'enk, en las actuales provincias argentinas de Santa Cruz y Chubut, aproximadamente hasta el río homónimo.

- Los güñün a kúna -etnia estrechamente emparentada con la anterior, correspondiente al mismo tronco lingüístico- desde allí hasta la región pampeana.

- Los pampas *strictu sensu* (inicialmente denominados "querandíes" según gentilicio dado por los guaraníes del Delta del Paraná), con la parcialidad de los serranos. Deben evitarse aquí confusiones -no es siempre fácil- recordando al respecto que en los siglos XVIII y XIX a veces se denominaba "pampa" a todo grupo de la región, aunque tuviera diverso origen étnico, y además que los grupos pehuenches o

meros colonizadores hispanos, guardaban aún muchos secretos para los forasteros capaces de registrar la historia. Podemos arriesgarnos a asignar a esas mujeres una serie de funciones similares a las hallables en la mayoría de las sociedades cazadoras: el cuidado más directo de la prole, la recolección, el laboreo de las pieles y la preparación y el manejo de los utensilios domésticos y de la vivienda, en tanto que los hombres se dedicaban a proveer las proteínas de la dieta mediante la caza y fabricaban los utensilios vinculados con ella, panorama que vemos entre los meridionales aónik'enk en los siglos XVIII y XIX, según diversas fuentes (véanse Cooper 1946, Boschín y Nacuzzi 1979, etc.).

Y, en caso de que la poliginia fuese admitida entre los cazadores pampeano-patagónicos, digamos que aparentemente habría sido un caso raro, a juzgar por algunos datos de población los siglos XVII y comienzos del XVIII que actualmente estamos procesando y trataremos de dar a conocer a la brevedad.

Diferente era el panorama en Chile central, dominio de pueblos cuya agricultura-combinada con otras prácticas- sostenía una nutrida población. Aquí, además, la presencia española era anterior y más importante que en la pampa argentina, y existía un mayor interés por conocer ese mundo "araucano" que tanta resistencia oponía al avance conquistador. Así fue como Alonso González de Nájera, un militar español tan enconado enemigo del mapuche como empeñado en desentrañar el funcionamiento de

esa sociedad que parecía inexpugnable, decía al hablar de la agricultura local indígena a principios del siglo XVII:

"Y para acabar de significar cuánto huye el cuerpo al trabajo esta haragana gente, llegando a los rústicos ejercicios de la labranza de sus parcelas o heredades, que en todo el mundo es dedicado a los hombres, digo, que son tan dados al ocio, que tienen remitida esta trabajosa cultura a las pocas fuerzas de sus flacas mujeres, para lo cual cada uno procura tener dellas cantidad de peones, porque sea copiosa cosecha, de que procede la multiplicación de sus borracheras ..." (González de Nájera 1889:44)

Más allá de la prejuiciosa interpretación de esta división del trabajo como producto del ocio, y sin considerar los efectos de la guerra continuada que en esos momentos ocurría en Chile (y que seguramente estaba quitándole los brazos masculinos a la agricultura¹⁰), se resalta aquí una muy importante función de la mujer en dicha actividad, fundamental para la subsistencia.

Y aprovechamos la ocasión para destacar en esta sociedad la existencia de una poliginia (limitada especialmente por la posibilidad de afrontar las dotes necesarias para contraer matrimonio), como veremos en seguida.

Algo similar al testimonio anterior (y aquí sí

mapuches acostumbraban denominar así a los tehuelches septentrionales. Asimismo, hay que tener presente que con la denominación de "serranos" a veces las fuentes nombraban a grupos de la Cordillera y otras a tribus bonaerenses. Para mayor confusión, a estas gentes se aplican desde el XVIII, además, otros gentilicios de origen mapuche relacionados con la posición geográfica relativa ("picunche" para grupos de cazadores de Buenos Aires, sur de Córdoba y de Cuyo; "puelche" tanto para pobladores del oeste argentino como para indígenas de Buenos Aires).

- Los pehuenches, en la cordillera neuquina y la correspondiente vertiente chilena en igual latitud.

- Paralelamente, en Chile central, florecían las distintas parcialidades del numeroso tronco "araucano". En contraste con los grupos anteriores (los cuales en el siglo XVI desarrollaban economías basadas en distintas modalidades de caza y recolección), éstas presentaban en dicha época una economía muy variada, con predominio agrícola, ganadería de camélidos, pesca, etc., que daba sustento a una abundante población. Como se dijo ya, desde el siglo XVII y especialmente el XVIII, partidas de este origen empezaron a incursionar en territorio neuquino y pampeano, donde se aprovisionaban de ganado prescindiendo de los anteriores intermediarios indígenas del lado argentino. Conocidos localmente como "aucas", en ese último siglo también fueron instalándose definitivamente tribus de esta procedencia en las regiones mencionadas. El gentilicio de "aucas" también solía aplicarse a grupos muy araucanizados.

Esta interpretación sigue -de manera simplificada- la propuesta de Casamiquela (1965 y 1969), aunque con las modificaciones que él mismo efectuó respecto de su inicial atribución étnica tehuelche para los querandíes (durante el I° Congreso Internacional de Etnohistoria, Buenos Aires, 1989).

¹⁰ Góngora Marmolejo (1862:109-110) nos habla del cerco al fuerte de Arauco, levantado en 1562 porque los sitiadores se retiraron a levantar sus cosechas, para regresar luego de ellas al asedio del emplazamiento hispano. En 1629 Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1863) registraba durante su cautiverio en las zonas del Cautín e Imperial la participación masculina en la labranza. Y en 1746 el P. Cardiel decía acerca de los "aucas de Chile" que las mujeres eran tejedoras y los hombres se ocupaban "en algo de sembrerías" (Outes 1930:31).

haciendo notar la influencia de la guerra) dejaría asentado en 1609 el jesuita Diego de Torres, que en la correspondiente carta anua transcribía otra del P. Horacio Vechi, de la Misión del Arauco. En ésta, el misionero explicaba que la mayor resistencia de los indígenas a cristianizarse era el temor de

"... que les han de quitar sus mujeres, mas cuando entienden que si se hiciesen cristianos se han de casar con una y de las demás se pueden servir para hacer sus chácaras y lo demás que han menester, no se les hace tan dificultoso porque como los indios están hechos a no trabajar mas solo ir a la guerra y como las muchas mujeres que tienen les labran sus chácaras y servían en todo, sentían mucho el verse sin servicio y así entendiendo que se pueden servir de las mujeres que tenían para labrar sus chácaras casándose con una, casi todos vienen en ello y les parece muy bien ..." (Cartas anuas... 1927:31)

Y por su parte la XI anua, de 1619-20, corroboraba lo anterior en lo referente al mismo tema, también en el Arauco:

"El otro impedimento y no menor [para aceptar la cristianización] es el usarse entre ellos tener cada uno tantas mujeres cuantas puede solventar y comprar de sus padres, las cuales más verdaderamente se pueden llamar esclavas porque les sirven en hacer las chácaras y todo lo demás como tales y así tanto es uno más rico cuantas más mujeres tiene ..." (Cartas anuas... 1929:189).

LA VIDA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Dos siglos más tarde, tenemos ya cronistas que describen la vida cotidiana de los grupos pampeano-patagónicos. Así es como el P. Tomás Falkner nos dice, a mediados del XVIII, acerca de las mujeres de la Pampa:

"... son fieles y laboriosas. La verdad es

que sus vidas no pasan de ser el desempeño de labor sin tregua, porque aparte de tener que criar y cuidar a sus hijos, tienen que someterse a toda clase de servicios; en una palabra, todo lo hacen, no siendo cazar y pelear, y hasta en lo segundo suelen también tomar parte. Todo el cuidado de la casa está a cargo de las mujeres: ellas acarrear la leña, cocinan, hacen, componen y barren los toldos, soban y cosen los cueros y también las pieles menudas de que fabrican sus mantas o capas, e hilan y tejen ponchos o macuns. Cuando viajan son las mujeres quienes levantan todo, hasta los palos de los toldos, y son ellas las que tienen que plantar y volverlos a arrancar cada vez que se ofrezca hacerlos: ellas cargan, descargan y disponen las cargas, aprietan las cinchas de las monturas y le llevan adelante la lanza al marido. [...] los maridos no las pueden ayudar en caso alguno [...] sin caer en la peor de las ignominias. A mujeres principales, o a las parientas de los caciques se les permite que tengan esclavas, que toman sobre sí la parte más pesada de las tareas domésticas, pero si sucede que no las tienen a ellas también corresponde la misma tarea que a las demás." (Falkner 1836:53)

Vemos aquí el comienzo de la araucanización en área pampeana, visible en la práctica primitivamente ausente del tejido, que venía a añadirse a la economía local como un factor que sería sostenido mediante el trabajo femenino. Simultáneamente, Falkner nos hablaba del cultivo de trigo y la cría de ovinos entre los "moluches" o grupos de más hacia el oeste, araucanos o araucanizados más intensamente. En ambas prácticas económicas, aunque de esto no nos hable el cronista, tendrían ya participación las mujeres, al menos parcialmente.

En 1806, Luis de la Cruz visitó a los pehuenches neuquinos durante su viaje desde Chile en busca de Buenos Aires. Según sus observaciones, las mujeres se ocupaban aquí de preparar la comida de sus familias, limpiar las viviendas, acarrear el agua y la leña, ensillar los

caballos, hilar y tejer la ropa que serviría tanto para uso de sus familiares como para comprar distintos productos alimenticios (maíz, trigo), añil, etc. (De la Cruz 1836:61). Y esto último ha de entenderse en el contexto -podemos agregar ahora- de una notable especialización económica que convirtió a este pueblo en un polo especializado en la ganadería y el intercambio, al punto de que, por ejemplo, tenían el monopolio de la introducción de sal en Chile, y una gran proporción de las mercancías que circulaban en las tribus cordilleranas o alcanzaban la Pampa desde ellas, habían pasado primero por sus manos (para este tema, véanse los trabajos de León Solís 1989-90 y 1991, y el libro de Villalobos 1988).

En 1863, el viajero Guillermo Cox comentaba acerca de la situación femenina entre los "pehuenches" (en realidad, grupos araucanizados pero no estrictamente pehuenches) y "pampas" (entendiéndose aquí por *pampas* a los tehuelches septentrionales o *günün a kūna*) de territorio neuquino:

"Se ha hablado mucho de la condición desgraciada de las mujeres indias. Creo que hay alguna exageración en esto. Es cierto que un bloomerista yankee, con sus ideas avanzadas sobre la perfecta igualdad de los dos sexos, veía sus teorías mal recibidas por mis amigos Pehuenches y Pampas, pero debo decir en honor de estos últimos que nunca maltratan a sus mujeres. Con lo que he observado no puedo creer en todas las falsedades que cuentan sobre este asunto y atiéndase bien que yo hablo de lo que pasa entre los Pehuenches y Tehuelches y no de los Araucanos a quienes no he visitado. Si se cree a algunas personas, la china tiene a su cargo los trabajos más penosos: debe ensillar el caballo de su señor y dueño cuando se le antoja a éste montarlo, desensillarle a la vuelta, etc., etc. Error profundo, en cuanto a lo que pertenece a los caballos. El indio nace jinete; no recurre a nadie en lo que concierne a sus caballos, sino a él mismo; cuando quiere ir a pasear va en busca de su caballo, lo lacea y ensilla. Cuando una mujer quiere ir a pasear sucede lo

mismo, su marido o alguno de sus parientes u otro cualquiera a ruego de ella va a lacearlo, le trae al frente del toldo y entonces la mujer lo ensilla y lo hace porque la montura de las indias tiene una forma particular y es complicado el aparejo. En cuanto a ir a rodear los animales, nunca he visto hacerlo a ninguna china, sino a la segunda mujer de Huincahual que, no teniendo hijos, se ocupaba en eso por diversión, como me lo dijo un día al cuidar las ovejas..." (Cox 1863: 161)

Considerando que también es fidedigno el testimonio de seis décadas antes, proporcionado por De la Cruz para los pehuenches, podemos considerar las diferentes observaciones en lo que hace al manejo de los caballos como derivadas -si no de cambios ocurridos con el tiempo- de diferencias étnicas. Así, por ejemplo, entre los pampas que frecuentaban la llanura interserrana bonaerense o las sierras de la Ventana, a fines del siglo XVIII parecía usual la atención de las cabalgaduras por parte de las mujeres, como vio en 1782 el cabo Manuel Consuegra; al llegar de visita a los toldos del cacique Lorenzo Calpíquis, éste "mandó a las chinas desensillar los caballos, y cuidarlos" (Consuegra 1939:377). Un año antes, Villarino había recibido en la desembocadura del río Colorado a tres mujeres de la toldería de ese mismo cacique, que llegaban con caballos para vender (Villarino 1837b:16). Pero volviendo ahora a Cox, éste añadía:

"Las mujeres en la toldería del [río] Caleufú y otras que hemos visitado, no tenían otros trabajos que los propios de su sexo entre gente civilizada. Cuidan sus hijos, hacen la comida, tejen ponchos y preparan cueros de guanacos. Todo esto es trabajo de mujer." (Cox 1863:161)

Por su parte, y del examen de distintas fuentes, Mandrini concluye -para el siglo XIX- acerca de las mujeres pampeanas:

"Resultado de la particular estructura económica fue la división del trabajo basada en el sexo; en términos generales, el ciclo del ganado era manejado por el

hombre en tanto que el doméstico quedaba en manos de las mujeres. Esto, por supuesto, no excluía superposiciones. Las mujeres y los niños colaboraban en los grandes malones cuidando las caballadas de reserva y ayudando en el arreo cuando los hombres debían enfrentar a las fuerzas militares de la frontera. Algunas actividades del ciclo doméstico eran, en cambio, prerrogativas de los hombres: así ocurría con la caza - las grandes 'boleadas' eran tanto una fuente de recursos como un entrenamiento ecuestre- y con algunas artesanías que gozaban de gran prestigio, como la talabartería y la platería. Un caso que merece la atención es el del cultivo, tradicionalmente en manos de las mujeres; pero la incorporación del arado dio participación a los hombres en esta actividad, al menos en el labrado de la tierra.

"La importancia económica de la mujer se hace así evidente. Además de las tareas domésticas propiamente dichas -limpiar, cocinar, cuidar los niños, proveer al toldo de agua y leña- las mujeres construían los toldos, cuidaban los rebaños y cultivos, recolectaban y tejían; en síntesis, libraban al hombre de aquellas actividades no vinculadas, de algún modo, al ciclo del ganado." (Mandrini 1985:218-9)

Detengámonos ahora un poco en dos temas recién aludidos: las relaciones mujer/ganado y mujer/tejido, ambas -a su vez- estrechamente vinculadas entre sí.

TROPAS Y TROPILLAS DE HOMBRES, MAJADAS DE MUJERES

Como bien dice Mandrini en la cita recién reproducida, las mujeres dejaban a los hombres la manos libres para dedicarse al ciclo del ganado.

Sin embargo, creo que debe aclararse que se trata solamente del ciclo del ganado equino y vacuno, seguramente -eso sí- el más importante como bien de cambio, además del consumo que se hacía del mismo en materia de uso de cueros, equitación (en el primer caso) y alimentación (es sabido que la carne de yegua era la comida preferida entre la costa atlántica y la Cordillera)¹¹.

La participación femenina en materia ganadera superaba el simple ensillado de los caballos -no presente en todos los grupos, si damos crédito a Cox- o el cuidado más o menos eventual de animales arreados durante los malones o de rodeos cerca de las tolderías, que bien resalta Mandrini. Las mujeres -al menos en la Pampa y Norpatagonia, no tenemos información para Chile central- habrían sido no solamente quienes manejaban el ganado lanar sino aparentemente sus dueñas. Y tengamos en cuenta que este ganado era *menor* solo en cuanto a su tamaño pero de ninguna manera en relación con su importancia económica, pues además del consumo de la carne ovina y caprina, su interés (y hablamos ahora de las ovejas) radicaba especialmente en la provisión de fibra textil.

¿De dónde deducimos esta hipótesis de la propiedad femenina de los lanares? De tres testimonios.

El primero es de fines del siglo XVIII. En su informe del 17 de junio de 1779, Francisco de Viedma contaba al virrey Vértiz en relación con la intérprete Teresa (indígena de la etnia tehuelche septentrional aparecida en la costa patagónica) que ella se ofrecía para acompañar a los hispanocriollos hasta una población "blanca" ubicada al oeste, que Viedma creía posible que fuese alguna localidad cuyana o chilena:

"... porque dice tiene en aquel pueblo sus parientes, que las gentes les han hecho buena acogida, y que allí se provee de ovejas y cabras para mantenerse, que una corta porción que le queda trajo de allá." (Viedma 1938c:422)

¹¹ Entre los tehuelches meridionales este alimento era mucho más raro, casi circunscripto a situaciones rituales, debido a la escasez de caballos. Entre los mapuches chilenos había mayor consumo de otros animales, incluyendo cerdos y aves de corral.

Efectivamente, Teresa, que oficiaba como "lenguaraza", había llegado hasta el establecimiento español de la costa patagónica para vender cabras y ovejas.

Algo más claro era el comentario que hacía Musters en 1869. Al llegar a la toldería de Sayweke, en la zona del río Aluminé (actual provincia del Neuquén), observó entre esta gente araucanizada:

"En nuestro valle el pasto era algo escaso, aunque parecía suficiente para mantener en buen estado a los tres rebaños de pequeñas ovejas que poseía cada una de las esposas de Cheoque..." (Musters 1964:313)

("Chocque" era la manera en que el inglés denominaba a Sayweke.)

Pero el testimonio más inequívoco, y coincidente con los anteriores, nos lo daba Cox seis años antes. Además de mostrarnos a la segunda esposa de Huincahual cuidando ovejas (cita ant., Cox 1863:161), y por más que atribuyese cierta eventualidad a tal actividad, nos decía entonces que:

"Las mujeres tienen influencia en el menaje; además poseen como los hombres, y tienen sus propiedades particulares. Dos o tres hechos que he presenciado bastarán para probarlo.

"Después del naufragio [del autor en el río Limay], cuando hice algunos regalos de charqui y de harina al viejo Paillacán, me dijo que sentía no poder retornarme algo porque las ovejas que veía en el corral todas pertenecían a su mujer, la Pascuala [de etnia tehuelche septentrional], pero que iba a pedirle una prestada, en lo que no consintió la Tehuelche, sino mediante algunas chaquiras y cuentas, y el poco de café que habíamos salvado." (Cox 1863:161)

A continuación, comentaba que:

"En mi última visita a los toldos de Paillacán quería tratar con Quintu-

nahuel, hijo de ese cacique, para cambalachear un poncho overo. Me dijo que su mujer estaba ausente y que no quería tratar sin la presencia de ella." (Cox 1863: 162)

La razón sería, en principio, que al ser dicha prenda fruto del trabajo de la mujer (y elaborada, presuntamente, con la lana de sus propias ovejas), el hombre no podía disponer libremente las condiciones de su venta. Sin embargo, recordemos que el mismo Cox (1983:139-40) nos citaba otros casos de injerencia femenina en el intercambio de bienes que excedían este marco (más adelante los veremos). Pero volviendo al tema de la propiedad de los rebaños, el viajero insistía:

"Las chinas tienen sus cosas propias, como se puede ver por el ejemplo de las ovejas de Pascuala, y no sería extraño que casi todas las ovejas del Caleufú fuesen de la segunda mujer de Huincahual, cuando recuerdo el cuidado que tenía la china para hacerlas entrar todas las noches al corral." (Cox 1863:162)

Tengamos presente, de paso, la tecnología desplegada por estas mujeres en el cuidado de las majadas de ovejas. Gracias a ella, las descendientes de las ovejas churras llegadas desde España (y que entre los hispanocriollos decayeron en muchas zonas hasta derivar en animales de muy baja calidad) se convirtieron ya antes de mediados del siglo XVIII en lanares de buen vellón y mayor corpulencia, buenos productores de carne y fibra textil. Por eso eran muy apreciados en el mercado colonial chileno, y cuando comenzó la cría de ovinos por los estancieros bonaerenses, éstos compraron a los indígenas lotes de ovejas pampas para mestizarlas con las primeras merinos de la Argentina (véanse otras consideraciones al respecto y varios testimonios reproducidos en nuestros trabajos de 1986-7 y de 1988:(61-2); también el trabajo de Villalobos -1988:79- reproduce un dato similar).

Como vimos, el tejido llegó a los grupos indígenas pampeanos y norpatagónicos por influencia mapuche.

En esta última sociedad, los textiles tenían tradicionalmente una importancia muy grande, acaso como reflejo de lo que ocurría en el resto del mundo andino (sobre este último tema, véase por ejemplo Murra 1975). Y más allá de su inmediata utilidad en la confección de vestimenta, seguramente asumía además un fuerte valor simbólico, visible en los siglos XVI y XVII en el uso de las mejores prendas para vestir los cadáveres en su sepelio e incluso en el notable afán por conseguir ropa y telas hispanas como trofeo de guerra o en los tratados con los españoles, según nos informan distintos cronistas de Chile (Córdoba y Figueroa 1862, Góngora Marmolejo 1862, Núñez de Pineda y Bascuñán 1863, Mariño de Lovera 1865 y Rosales 1877-8).

Por otra parte, y al menos en el actual territorio argentino a partir del siglo XVIII, los ponchos eran objeto de frecuentes intercambios rituales, como señala Garavaglia (1986:57): en reuniones importantes, donde se trataran acuerdos de paz, etc., los caciques solían ofrecer uno o dos de ellos a sus interlocutores como manera de iniciar las conversaciones.

Pero, además, los tejidos constituían un bien de cambio y así alcanzaban no solo las fronteras del sur de Chile sino también lejanas zonas de la Pampa. La mención más antigua tal vez sea la de 1581 por Juan de Garay en Cabo Corrientes (ya citada en páginas anteriores). En años sucesivos la presencia de los textiles "araucanos" se haría sentir fuertemente; acaso formaran parte de las transacciones a cambio de caballos para los "indios de guerra" chilenos que en 1635 investigaba el gobernador de Buenos Aires Pedro Esteban Dávila (Schindler 1972-8:150-1), pero tenemos mayor certeza de ello en 1678, cuando en una carta al Rey el gobernador Andrés de Robles explicaba desde Buenos Aires que algunos pampas "domésticos", alzados a causa de los malos tratos sufridos por parte de los encomenderos, se dedicaban a hacer hurtos de

caballos y

"... los llevan a la Sierra [se refiere aquí a la Cordillera] y se comunican con los serranos y araucanos, y se los dan en trueque de mantas, frenos y otras cosas...". (Robles 1678, f.7)

Dos años después, el capitán Juan de San Martín encabezó una sangrienta represalia por robos de caballares en jurisdicción de Buenos Aires (acabada en la masacre de un grupo ajeno a los hechos investigados). En su recorrida, capturó a cuatro indígenas en las serranías a 60 leguas al sur de la ciudad, y los prisioneros declararon que

"... tenían tratos y contratos de frenos, mantas y otras cosas con los dichos indios que se habían apartado [otras 30 leguas al sur]." (Herrera 1686, f.18)

Y como en esta época los indígenas locales aún no tejían, dichas mantas tenían una procedencia "araucana".

¿Qué destino tenían tales prendas llegadas a las tolderías bonaerenses? En parte, posiblemente el uso local, aunque hasta el siglo XVIII éste debía competir seriamente con el todavía vigente manto de piel que registran las fuentes.

Quizás el principal sentido de la presencia de los textiles elaborados por manos de mujeres mapuches (y también de las araucanizadas de los grupos del oeste argentino) era el comercio.

Tal información, por ejemplo, ofrecía en 1745 Domingo de Marcoleta (apoderado de la ciudad de Buenos Aires), en su memorial al Rey:

"... habiendo en el año pasado de 742, de orden del Gobernador, pasado a la Sierra [en el sur de territorio bonaerense] el Maestre de Campo Don Cristóbal Cabral, con gente armada, trató y ajustó paces con todos los indios Pampas y sus principales caciques, y entre ellos con los nombrados Bravo y Calelian; encuyo cumplimiento se les ha tratado como amigos, admitiéndoles al comercio de

sus ponchos siempre que han venido a ejecutarlo [...].

"[Vinieron] en el mes de julio del año pasado de 744 con el pretexto de vender ponchos y comprar algún ganado vacuno y yeguas, y con efecto entraron en la ciudad por el Pago de Luján el cacique Calelian y otros indios Pampas y Serranos, donde practicaron sus tratos, permaneciendo en ella más de tres días ..." (Marcoleta 1745, f.4-5)

En el mismo documento, el citado Cristóbal Cabral agrega que

"... bajó el cacique Calelian en el tiempo que se expresa y otro cacique serrano llamado Sauce millan y otros dos caciques y que el número de gente que trajeron serían ciento y cincuenta indios y que de allí escribieron una carta al que declara en que le avisan de su llegada a la estancia de Peñalba que está en la Frontera de Luján y que traía muchos ponchos [...] y que habiendo ocurrido el vecindario vendieron dichos ponchos, a cambio de yeguas ..." (Idem, f.21)

Declaración completada por el capitán Joseph de Zárate, ese mismo año de 1744:

"... bajó a la frontera de Luján el cacique Calelian con otros varios caciques y cosa de doscientos indios pampas y serranos y cantidad de ponchos con el pretexto de venderlos y comprar ganado vacuno, yeguas y chafalotes [es decir, alfanjes], como en efecto vendieron dichos ponchos y el Señor Gobernador prohibió la venta de vacas y chafalotes y solo se les vendieron yeguas y algunas pocas vacas que dispensó el Maestre de Campo contemplándolos disgustados por dicha prohibición ..." (Idem, f.27)

En declaraciones posteriores (f.35, 48) se aclara que junto con Calelián venía un grupo de peluences (es eso lo que se entiende por "serranos" en los testimonios anteriores) que -presumimos- eran los introductores de la partida

de ponchos, cuya venta y la obtención de ganado y armas eran los motivos de su largo viaje. La manufactura producida por las mujeres cordilleranas posibilitaba estos emprendimientos económicos.

Los tejidos permitían además que, en un sistema de tribus cada vez más interdependientes, se armara una cadena de intermediaciones, porque no solo los fabricantes ofrecían este producto en el mercado porteño. Así, en el curso de una información levantada en 1752, el soldado Juan Galeano explicaba que los pampas de la reducción jesuítica del Salado:

"... trataban y contrataban con los aucaes y otros, y el modo era que los indios de tierra adentro venían y por inmediato al dicho pueblo [de la Reducción] paraban en unas islas que por allí hay y allí iban los de la Reducción a tratar y contratar y les compraban ponchos ..." (Cabildo de Buenos Aires 1752, f.9)

Pero Galeano concluye informando que "dichos indios [de la Reducción] traen a esta ciudad ponchos aucaes que son los que compran de los de tierra adentro" (Idem, f.10).

De la misma época, existen distintos testimonios de jesuitas, quienes hicieron intentos de reducir a grupos pampeanos, en sus establecimientos bonaerenses como el antes aludido. Así es como el Padre Sánchez Labrador nos hace saber que:

"Los indios puelches [aquí se refiere a los del sur de Buenos Aires] [...] no tejen las cosas dichas de lana, pero las compran de los moluches y pegüenches, para mantener el comercio con los españoles." (Sánchez Labrador 1936:40)

La cadena de intermediaciones en el intercambio de productos, dentro del cual los tejidos eran elemento casi omnipresente, tenía también otras vías, según fuente jesuítica reproducida por Sánchez Labrador (posiblemente se trate de una carta de su propia autoría):

"Todos los géneros que veo en los tratos de estos indios [puelches], se reducen a riendas para frenos de las bestias, a botas de cuero de caballo [ambos productos, de confección propia] y a algunos ponchos, tejidos de lana." (Idem:175)

Y unos párrafos después nos informa que:

"Los aucas [o sea, grupos mapuches o araucanizados del oeste] tejen los ponchos y mantas; los patagones dan las plumas; y de unos y otros lo compran los puelches que están hacia la Serranía del Volcán [sistema de Tandilia] y la de Casuatí [Ventana]..." (Idem:177)

Para el Padre Lozano, por su parte, los pampas picunches que tenían sede principal cerca de las salinas al occidente de Buenos Aires (entre quienes figuraba el ya citado cacique Calelián), y que en sus desplazamientos alcanzaban no solo zonas bonaerenses sino también del sur de Córdoba, San Luis y Mendoza:

"Lo único que pueden ofrecer en el comercio son yeguas de un color muy hermoso, las que se agarran en la caza, las llevan a los aucas o araucanos y las cambian por aquella clase de vestimenta que se llama poncho; fabrican además lazos de cuero de caballo, los que justamente con sus ponchos ofrecen a los españoles en trueque de vino y aguardiente." (Idem:200, nota)

Los tejidos mapuches llegaban, además, muy al sur. En 1753, la gente del *San Martín*, que desembarcó en la bahía de San Julián buscando sal, encontró un campamento aónik'enk. Allí pudieron comprobar que: "Uno de los caciques traía su poncho bueno, y también tal cual traía poncho; pero éstos los cuidaban mucho" (Barne 1837:23). Seguramente, buenas pieles, quillangos, coletos de cuero o bolas de boleadora les habrían costado como para no hacer así.

Treinta años después, Francisco de Viedma informaba al virrey Vértiz acerca de los grupos cordilleranos afincados en la zona del lago Huechulauquen (hoy conocido como Huechulafquen):

"Las mujeres benefician las lanas preparándolas para tejer ponchos, y mantas de que tienen gran comercio tanto con nuestra gente en los pueblos inmediatos como con los indios Teguelchus y demás naciones a cambio de el ganado que llevan y efectos de que carecen..." (Viedma 1938d:591)

Por otra parte, las expediciones criollas a las salinas pampeanas, con grandes tropas de carretas para cargar el mineral, eran oportunidad para renovados tratos con los indígenas, que aprovechaban entonces para vender sus textiles, según muestran distintos documentos del Archivo General de la Nación citados por Garavaglia (1986:85).

En la frontera chilena, el tráfico de ponchos indígenas era muy importante, rubro presente en la mayoría de las transacciones junto con manufacturas en madera y cestería, sal, yeso, etc. De a poncho o manta por mes, cada mujer engrosaba el volumen de este comercio, como señalaba Sors en 1780 (citado por León Solís 1989-90). Y nueve años más tarde, Gómez de Vidaurre (citado Idem) explicaba que los indígenas, "cuantas más mujeres tienen son, en realidad, más ricos porque éstas trabajan continuamente por el marido y así, él tiene más que vender".

Y es que ese comercio tenía volúmenes bastante fuertes. Según la misma fuente anterior, hacia las postrimerías del siglo XVIII se "colocaban" en la frontera de Chile unos 60.000 ponchos por año (citado Idem:187).

En Buenos Aires también era muy grande el impacto de los textiles llamados *pampas*¹², de gran prestigio por su excelente calidad y buen diseño. De hecho, además, la misma palabra

¹² Pese a que, como vimos, su procedencia era -al menos hasta avanzado el siglo XIX- mucho más occidental cuando no directamente chileno. En la medida en que se consolida la araucanización de la Pampa -sea por transculturación como por el ingreso y la instalación de grupos trasandinos- llegarán a Buenos Aires piezas textiles de confección local.

poncho -que reemplaza a las más viejas denominaciones coloniales hispanas de "camiseta", "manta", "rebozo", etc.- deriva de la voz mapuche *pontro* ("manta")¹³. Como apunta Garavaglia:

"... pensamos que no es casual que la difusión de esta palabra coincida casi exactamente con el progresivo proceso de araucanización de los grupos indígenas pampeanos y con su presión sobre la frontera española en toda el área." (Garavaglia 1986:57)

Durante el siglo XIX se afianzó notablemente el uso del poncho por los criollos de las regiones pampeanas y litorales. En el mercado porteño los ponchos *pampas* ocupaban entonces, junto con los santiagueños, el primer lugar en preferencias populares y en mayor precio: además de sus motivos y colores, lo apretado de su trama los hacía muy impermeables, útiles así contra las lluvias de la zona. No obstante, lo elevado de su costo los convertía en un lujo para la mayoría de la población rural más pobre, que debía conformarse con los ponchos cordobeses o puntanos, que eran más baratos (Idem:57-8). Asimismo, los pobladores criollos hacían uso de otros textiles *pampas*: las jergas, es decir aquellas telas usadas en el apero de montar.

Acerca de las cantidades de piezas comercializadas, Garavaglia dice, guiándose en datos de Kristine Jones y Claudia Wentzel, que:

"... todo indicaría que las jergas pampas se convertirán poco a poco en una de las más apreciadas y que el tráfico de este tipo de productos en la frontera sería de importancia creciente en las primeras décadas del siglo [XIX] siguiente." (Garavaglia 1986:69)

Y en una nota añade:

"... según las cifras de un estudio en preparación de las autoras, más del 80% del valor de los productos pampas que

salen de Buenos Aires en 1811, está constituido por las jergas; desconocemos el monto correspondiente a los ponchos, pues éstos se consumen en la ciudad y no vuelven a pasar por los registros fiscales (única vía que tenemos, por ahora, para cuantificar aunque sea parcialmente su monto). Sin embargo, podemos suponer que si las jergas salidas en el período 1809/1814 sobrepasan las seis mil piezas anuales de promedio (según los datos de Claudia Wentzel en "El comercio interno de Buenos Aires de 1809 a 1814", mimeo, 1986), es probable que los ponchos no estuvieran muy lejos de cifras similares. En 1808, cuando el Alcalde Alzaga se halla en Montevideo preparando una expedición al Río Grande, propone la compra de 2.000 ponchos pampas para vestir a la tropa, sin que esta cifra le parezca a nadie un despropósito (ver carta de Martín de Alzaga al Cabildo porteño, Montevideo, 11/5/1808, en AGN - IX - 19 - 5 - 10, ffs. 565 vta. a 566)." (Idem:85)

A esas cifras hay que agregar las indeterminables de las transacciones hechas fuera de la ciudad, en fuertes, pueblos, estancias, ferias indígenas y en gran cantidad de *tolderías* donde se realizaban asiduamente intercambios de bienes, así como todas aquellas operaciones comerciales protagonizadas por mercaderes hispanocriollos y aborígenes que, por involucrar artículos ocasionalmente prohibidos -armas, bebidas alcohólicas, etc.- se ocultaban a los registros oficiales y autoridades, y por tanto no han quedado asentadas.

Y ahora cabe una pregunta: toda esta producción textil (¡piénsese un poco en cuántas mujeres hacían falta, trabajando a razón de un poncho por mes para lograr semejantes *stocks* como los que se ofrecían para el intercambio!), ¿era administrada por los hombres, protagonistas del comercio? No -al menos, no siempre- y ahora vamos a tratar de verlo.

¹³ Recuérdese la forma de pronunciar *tr* entre los mapuches, convirtiendo ese sonido prácticamente en *ch*.

MUJERES EN EL MERCADO

Muchas veces, especialmente si los intercambios se efectuaban muy lejos de los lugares de procedencia de los indígenas mercaderes, estas transacciones eran hechas por hombres. Ya vimos el caso de los pehuenches acompañantes de Calelián, entre quienes -pese a no tener aclaración expresa- no figurarían mujeres: el documento sólo hace alusión a "indios", lo que normalmente en el lenguaje colonial significa "hombres en edad de empuñar las armas" (y en otras áreas, "hombres en edad de pagar tasa").

En 1746 el Padre Cardiel establecía también en una carta, acerca de los serranos y tehuelches que encontró en la Sierra del Volcán (sistema de Tandilia):

"Los Aucaes de Chile que con ellos hallé [...] son algo trabajadores sus mujeres (que dejan en las tierras de la Cordillera) en ponchos y ellos en algo de sementeras ..." (citado por Outes 1930:31, destacado nuestro)

Pero esto distaba de ser precisamente la norma. La presencia femenina en los tratos entre tribus e incluso etnias indígenas y asimismo con los hispanocriollos -para intercambiar textiles y muchos otros productos- era muy frecuente. Entre 1766 y 1769, por ejemplo, Louis de Bougainville observaba que a la ciudad de Buenos Aires: "A veces vienen los indios con sus mujeres a comprar brandy a los españoles" (citado por León Solís 1989-90:189).

En esa misma época, documentos del Archivo General de la Nación (citado por Mandrini 1991) registran la presencia femenina en el comercio indígena en Buenos Aires. Así, en uno de ellos (IX, 1-4-5, f.265) Joaquín Morote informa al virrey Vértiz desde el fuerte de José López, el 24 de diciembre de 1770, que han llegado hasta allí:

"Dies Indios, y dos chinas de la tholderia de Currel y Yati [...] y piden Permiso a V.Sa. para pasar a esa Ciudad á vender Plumeros, Botas, Riendas, Vacipicuas, y Cavallos ..." (Mandrini 1991:125)

Se trata de pampas bonaerenses, según la mención a Yati (Felipe Yati o Yahati). En unos días, el mismo Morote hará saber al Virrey el 6 de enero de 1771 (IX, 1-4-2, f.106), que "en esta ocasión P[asan] Dies Indios, y dos Chinas de la tholderia de Oua [rel? o Currel] [...] van a vender Plumeros, Botas y riendas" (Idem:125). Acaso se tratase de gente del cacique Negro, Chanel o Trenel, que señoreaba normalmente en zonas del río Colorado.

En 1785 vemos cómo la cantidad de indígenas mercaderes en la ciudad era considerable, al punto de inquietar a las autoridades, que dispusieron que se retuviera en la frontera a las partidas que llegaban, haciéndolas esperar hasta que salieran las que ya estuvieran Buenos Aires. Entre esos contingentes frecuentemente aparecían mujeres. Así, en las instrucciones que el virrey Loreto daba el 7 de enero al comandante de Monte, Jaime Viamonte (IX, 1-4-6, f.219, citado también por Mandrini 1991), mencionaba un parte de éste, del 28 de diciembre anterior, sobre el ingreso en tal sentido de

"... 8 Indios y 6 chinas pertenecientes á los Toldos del Cazique Lorenzo que fueron encontrados y conducidos á esa Guardia desde el paraje nombrado la Blanca, por la partida exploradora que havia salido de ella ..." (Idem:126)

Este cacique era Lorenzo Calpispis (o Calpispisqui), con sede en la Sierra de la Ventana. Pero a veces las mujeres llegaban aun de más lejos. Otro documento del AGN (IX, 1-4-3, f.225), citado por Mandrini, informaba al virrey Loreto desde Chascomús el 15 de julio de 1788 que:

"Conduse el Lenguaraz Juan Gregorio Xirado condos Blandengues una Partida de Indios de Nazion Peguenchus y Aucas compuesta del Casique Torro y Dose Indios y quatro chinas. Dho Cacique Dise tiene que havlar con V.E. y, almesmo tiempo baxan á comerciar." (Idem:125)

Casi diez años después, el 25 de mayo de 1798, se comunica al comandante de la Guardia del Monte (IX, 1-4-6, f. 262) que "condugeron á

esta Capital siete Indios, y seis chinas que vinieron á vender sus efectos" (Idem:125).

Por su lado, en la costa norpatagónica las últimas dos décadas del siglo XVIII abundan en información para el tema que nos interesa. Era la época en que empezaba a funcionar el establecimiento de Carmen de Patagones en la boca del río Negro y se convertía en un foco de atracción para el comercio indígena. Así, el 11 de abril de 1781 Francisco de Viedma hacía saber al Virrey que a ese poblado "vinieron 22 indios y chinas del cacique Negro a vender caballos" (Viedma 1938d:511); es el mismo cacique del río Colorado aludido unos párrafos antes. Y el 12 de junio de ese mismo año, el mismo funcionario reportaba que "vinieron 5 indios y 2 chinas del Colorado a vender caballos" (Idem:512). El 16 de junio, agrega el parte de Viedma, fueron tres indios y siete chinas quienes llegaron desde el Colorado a Carmen de Patagones, aunque no aclara si también venían en tren de comercio. Lo mismo ocurrió once días después, esta vez con cuatro indios y cuatro chinas, pero de las tolderías de Calpisquis (el cacique de la Sierra de la Ventana) (Idem:512 y 515).

Un mes más tarde, en una isla del Colorado, Viedma encontró al cacique Negro y otros indígenas, entre ellos a Juana, una sobrina de Calpisquis, ladina, "la que dijo había estado en Buenos Aires en la residencia y en casa del Teniente del Rey" (Idem: 529), pero no sabemos si fue allí en función de intérprete o por tratos comerciales. La cuestión es que pasados cinco días, volvemos a encontrar a esta Juana: "A las 3 de la tarde vino la sobrina de Calpisquis, que quedó en el Colorado, llamada Juana, con 4 indios a vender caballos" (Idem:534).

Para octubre y noviembre del mismo año, Viedma vuelve a registrar cuatro veces la presencia de mujeres en grupos más o menos grandes, llegados desde distintas partes del río Colorado hasta Carmen de Patagones (Idem: 547-9), y existe la posibilidad de que vinieran a participar en intercambios o al menos llegaran para hacer pedidos de regalos. De una forma u otra, es notable la presencia femenina en estos contactos interétnicos.

Paralelamente, y en relación con la reciente instalación hispana en la costa rionegrina, Basilio Villarino hizo, también en 1781, algunas exploraciones en el Colorado. Así fue como el 23 de junio, en la boca del río vio la llegada de tres indígenas de la toldería de Calpisquis. Al día siguiente, dice su informe que:

"... se fueron los indios expresados, y a las 5 de la tarde volvieron tres chinas, que dicen hablan quedado al resguardo de los caballos que traían para vender ..."
(Villarino 1837a: 16)

Y en el diario de Villarino correspondiente al 5 de julio de 1781 volvemos a encontrar a alguien conocido:

"... llegaron indios, los cuales ascendieron a 60 personas entre hombres y mujeres, y entre ellos una china ladina, sobrina del cacique Calpisquis, la que dijo que toda aquella gente era del expresado cacique, que venían a vender caballos y reses por bayeta, ollas, bujertas, bizcocho, sombreros, harina, aguardiente y porotos ..." (Idem:18)

Este 1781 fue año de muchas visitas para Calpisquis y los suyos, porque el 26 de octubre llegó a sus toldos en la Sierra de la Ventana el piloto Pablo Zizur, en misión de exploración y trayendo algunos indígenas de ambos sexos, antes prisioneros en Buenos Aires y ahora entregados al cacique. Pero las mujeres que volvían con su gente aprovecharon bien el viaje de regreso a su tierra. Así, nos enteramos de que: "Con motivo de algún aguardiente que vendieron las chinas que llevábamos, se emborracharon todos los indios de los toldos" (Vignati 1973:74). Aparentemente, las mujeres habrían conseguido el preciado aguardiente, de gran demanda, canjeando regalos recibidos de las autoridades porteñas, que en esos momentos trataban de hacer señales de paz a algunos indígenas bonaerenses. Dos días después, sigue Zizur:

"Por otra parte el cacique Lorenzo [Calpisquis] todo era pedir aguardiente

de manera que habiéndose acabado el barril suyo, nos vimos obligados a darles otro que venía para el cacique Negro, y no tan solo acabaron éste también, pero otro que traía una china para su padre, fue preciso cederles ...” (Idem:76)

Con lo que vemos que acaso algunas mujeres además introdujeron bebidas para simple consumo familiar.

En 1783, Basilio Villarino -después de remontar el río Negro- ha llegado hasta la Cordillera neuquina. Cerca del Huechulafquen, el 13 de abril, ante la noticia que corre sobre la escasez de víveres que sufren los viajeros,

“A las 2 de la tarde llegó una de las mujeres de Chulilaquin, llamada Guichalachen, con un indio ladino y otros. Estos indios y chinas trajeron en sus bolsitas piñones y cinco carneros y un macho, muertos ...” (Villarino 1837b:86)

Consiguieron una compensación por estos alimentos. De esa manera, al día siguiente,

“... llegó un muchacho ladino con otros 4 indios y una china vieja: éste trajo un cordero; la china y los otros compañeros trajeron algunas manzanas, y cada uno una chiquita bolsa con piñones” (Idem.:87)

Cabe aquí señalar que el mencionado Chulilaquin era un cacique tehuelche septentrional que se movilizaba constantemente entre la costa y el noroeste patagónicos. Como este grupo nómada -del cual desconfiaban profundamente los indígenas sedentarios y cultivadores del Huechulafquen- no era del lugar, es de presumir que los productos silvestres ofrecidos -manzanas, piñones- hubieran sido obtenidos a su vez por canje con los pobladores locales, quienes sometían a estos forasteros a una atenta vigilancia por temor a robos, y raramente les hubieran permitido tomarlos en su territorio sin compensación.

En 1788, en el marco de una propuesta sobre explotación pesquera patagónica elevada por Tomás Antonio Romero a Francisco de Paula

Sanz, el primero nos hace saber que los tehuelches meridionales acudían y colaboraban activamente con los establecimientos pesqueros de la zona de Puerto Deseado y “hasta las mujeres se empleaban en traer sobre la cabeza pequeños costales de sal, que daban por cualquier bagatela” (Documentos relacionados... 1939:662).

Un documento algo posterior, de aproximadamente 1795, nos remite nuevamente a Carmen de Patagones, resaltando el papel de

“... las chinas pampas que diariamente con los indios vienen a tratar al establecimiento con caballos, pieles de guanacha, zorrillo, liebres, leopardo y potrillo por bujertas, yerba mate y aguardiente y aun hoy ya van tomando amor a la plata que suelen estimarla más que las especies que antes tanto amaban ...” ([Fragmento de un informe...] ¿1795?, f.10)

Información refrendada por otro documento de la misma época que menciona cómo al mismo establecimiento anterior “vienen de continuo los indios y sus mujeres a contratar” (“Informe sin fecha...” 1938:613).

Entrado ya el siglo XIX, Luis de la Cruz describía los intercambios de los pehuenches con los criollos chilenos: las manufacturas en cuero hechas por los varones, los tejidos de las mujeres, los platos de madera comprados a otros indígenas, sal, caballos, vacas, ovejas, etc., a cambio de trigo y papas. Y aclaraba que “para estos cambios llevan a sus mujeres, a fin de que ellas carguen con toda la pensión, y también de cuidarlos cuando se embriaguen” (De la Cruz 1836:63-4).

Más de medio siglo después, Cox describía la adquisición de un caballo *choiquero* (es decir, adiestrado para cazar choiques o ñandúes) a un manzanero (que él llama “pehuenche”) de los afluentes del Quemquemtrey:

“Debo decir aquí, como un rasgo de sus costumbres, que todo el tiempo del cambalache, el pehuenche consultaba a su mujer, y además, iba a concluirse el trato, cuando la china puso por condición

que se le diese a más algunas chaquiras, so pena de romper el trato. Esto probará que la mujer tiene cierto peso en el menaje.” (Cox 1863:139-40)

De modo que, como vemos -al menos entre las parcialidades neuquinas- las mujeres “metían la cuchara” no solo en la comercialización de los textiles hechos por sus manos o de las ovejas de sus propios rebaños (como vimos páginas antes) sino también en otros bienes del grupo familiar.

Asimismo, asistimos a cierto papel de la mujer en la distribución de bienes, aunque aparentemente como una extensión de las atribuciones y deberes de los caciques. De ese modo las encontramos en dos testimonios. El primero tiene que ver con los aónik'enk del cacique Vicente, en la zona de Puerto Descado, a quienes el piloto Juan Gutiérrez de la Concha obsequió un barril de aguardiente, una bolsa de maíz, bayeta, cuchillos, espejos y abalorios en retribución por varios servicios. Y explicaba el marino:

“... todo lo que se entregó a Vicente, que reservándose el aguardiente y el maíz para repartirlo en adelante a su tribu, dio lo restante a su mujer e hija: sentadas éstas en el suelo y a su alrededor los indios, dividieron el regalo en pequeñas porciones y dieron a cada uno en diferentes veces la parte que les pertenecía, siendo de extrañar que entre tantos no hubiese habido alguno que se manifestase poco satisfecho de la distribución; las dos princesas nada reservaron para sí y se reconocía en su semblante la dulce satisfacción que sentían de ser dispensadoras de tamañas riquezas.” (Gutiérrez de la Concha 1795, f.18)

Esposa e hija del cacique estaban actuando a la manera típica del *big man* de este tipo de sociedades. Más allá de esto, el piloto español se asombraba de la influencia de la esposa de Vicente: “conocí el influjo que tenía sobre su marido y toda la tribu, su talento y viveza” (Idem, f.656 vta.).

El segundo testimonio es muy posterior (corresponde a Cox en 1863) y ocurre entre el grupo étnicamente mixto de Huincahual, el padre

de Inacayal (tribu con integrantes güñün a kúna, aónik'enk y de habla mapuche, con sede en la zona del Caleufú). Allí, cuando alguien traía harina o manazanas -dos productos muy apreciados-, la mujer de Huincahual “luego hacía la repartición y distribuía en los toldos” (Cox 1863:170). Estamos, posiblemente, ante un mecanismo similar al anterior.

En cambio, vemos por otra parte a las mujeres como privilegiadas en la repartición hecha por un cacique entre grupos araucanizados de la Pampa. Era nada menos que el célebre Calfucurá quien, hacia 1855, fue visitado por Manuel Baigorria, el militar unitario tantos años refugiado entre los ranqueles, con rango de cacique. En sus memorias, Baigorria contaba cómo al ir en misión diplomática a los toldos de Calfucurá le llevó una serie de regalos:

“Calfucurá hizo reunir toda su indiada, incluso las chinas. A éstas empezó a repartirles primero de una carga de harina, otra de pasas de higo, otra de bizcochos y yerba y azúcar, a todos un poquito. Calfucurá con tal alegría como un padre de familia reparte a sus hijos ...” (Baigorria 1975:142-3)

A DOS LENGUAS

Tanta participación en relaciones interétnicas como antes veíamos hace que no nos deba extrañar encontrarnos con una gran cantidad de mujeres bilingües.

Toda el área que nos ocupa fue tempranamente ámbito de confluencias lingüísticas y -ante la necesidad del trato frecuente- era habitual que en la mayoría de los grupos hubiese quienes supieran hablar lenguas forasteras. Ya en el siglo XVII el Padre Rosales registraba a un cacique neuquino versado en *mapudungu*, situación que seguramente no era nada excepcional ni novedosa a esa altura de la historia (recordemos los contactos intercordilleranos precolombinos a que antes aludimos) (véanse Rosales 1877-8, Molina 1967). En el siglo siguiente, el *mapudungu* se extendía sobre Buenos Aires. Según Falkner era la lengua “más pulida y la que con más generalidad

se entendía en estas regiones”, mientras que Sánchez Labrador aclaraba que los serranos bonaerenses tenían su propia lengua y “el mapuche lo emplearían para sus relaciones comerciales y diplomáticas” (Molina 1967:52-3).

Pero el bilingüismo involucraba cada vez más a la lengua castellana. Al menos en el siglo XVII se va registrando ya la presencia de indígenas *ladinos* en territorio bonaerense, entre los tubichaminés o pampas locales más cercanos a la ciudad, y en la primera parte del XVIII, según Cabrera (1934:14) los jesuitas predicaban en castellano a los pampas magdalenistas y matanceros¹⁴, “por haber estado en constante comunicación con los españoles de Buenos Aires y vivido cerca de ellos”, manejo lingüístico parcialmente confirmado por otras fuentes (Morales Guñazú 1938:40). Este caso extremo no era común, claro está, y entre otros grupos más alejados “tierra adentro” los hispanoparlantes eran mucho más escasos. Entre ellos pronto veremos una buena proporción de mujeres¹⁵ y - fuera de algunas historias especiales - ello ocurriría, seguramente, como reflejo de su asidua presencia en el mercado.

Así es cómo el 21 de marzo de 1779 Francisco de Viedma informa al Virrey sobre la presencia de la “india ladina” María López, probablemente *günün a küna*, en el flamante establecimiento de Carmen de Patagones (Viedma 1938a:375)¹⁶. Al día siguiente, es “la intérprete Teresa”, de la gente *günün a küna* de Chulilaquin, quien llega al poblado (Idem:377); hacia el comienzo de este trabajo ya mencionamos a esta mujer en relación con el tema de la propiedad del ganado menor. En informes posteriores, Viedma mencionará varios casos de indígenas hispanoparlantes, entre ellos Juana, la antes citada sobrina del cacique bonaerense Calpíscuis (Viedma 1938c:529). La misma es además registrada por Villarino en la

misma época (julio de 1781), aunque ahora en la no muy lejana boca del Colorado, resaltándose entonces su condición de “ladina”, importante - seguramente - en la relación entre las dos etnias (Villarino 1837a:18). El marino español vuelve a consignar la presencia de la lengua raza Teresa en Choefe-Choel (29/10/1782) y luego de la intérprete María López, ya citada (7/4/1783), esta vez a cuatro leguas del lago Huechulafquen y con el cacique Chulilaquin (Villarino 1837b:10 y 79 respectivamente). La primera volverá con Villarino desde la Cordillera hasta Carmen de Patagones; así lo hace saber Francisco de Viedma al virrey Vértiz en 1783, cuando escribe sobre “una china que trajo Villarino en su expedición llamada Teresa que habla perfectamente el castellano” (Viedma 1938d:591).

En territorio bonaerense aparecen otros casos de mujeres bilingües en el XVIII además del recién aludido de Juana, la sobrina de Calpíscuis. El 23 de febrero de 1781 es la ex cautiva María Paula Santana quien en sus declaraciones ante las autoridades menciona sus charlas con “una china ladina” en tolderías pampas de Buenos Aires (Mayo s/f:21).

Otras situaciones similares nos da a conocer Fray Francisco Menéndez en 1793 y 1794. A propósito de su tercera expedición al Nahuel Huapi, escribe que a su campamento, el 3 de marzo de 1793

“... había llegado un indio [de la gente del cacique “puelche”, Cayeco, de la zona de la confluencia del Limay con el Traful] con su mujer, la que sabía castellano y me quería ver: que había estado en Chiquito Buenos Aires [es decir, Carmen de Patagones] [...]. Dijo la india, que había estado en Chico

¹⁴ Es decir los más cercanos a Buenos Aires, pampas *strictu sensu*, antes llamados querandíes según Casaniquela (véase nota 9). Ambos apodos obedecían a sus territorios, respectivamente en los pagos de La Magdalena y La Malanza.

¹⁵ Con todo, no debe interpretarse a partir de los testimonios que seleccionamos y proporcionamos a continuación, que la mayoría de los intérpretes fuesen de sexo femenino. En algunos casos ocurría, efectivamente, que la comunicación se hacía mediante mujeres que eran las únicas conocedoras del castellano; pero en general había igual cantidad y más aún de hombres bilingües. Solo queremos aquí resaltar cómo la mujer se hacía presente en las transacciones comerciales, para las cuales se necesitaba conocer otros idiomas.

¹⁶ Aunque Viedma no aclare la pertenencia étnica de María López y en ese momento estuviesen en la zona indígena de los caciques Viejo, Negro y Chulilaquin, sabemos que ella integraba el grupo de este último, si no por nacimiento al menos por matrimonio, ya que Fonck aclara en un comentario a Menéndez (1900: 368) que estaba casada con un hermano de dicho cacique *günün a küna*, como veremos en la nota siguiente.

Buenos Aires cerca de un año."
(Menéndez 1900:367)¹⁷

Al año siguiente, el 13 de febrero, Menéndez dice que:

"... llegó una india no muy vieja¹⁸ [aparentemente de un grupo tehuelche septentrional venido de Carmen de Patagones con Chulilaquin] con dos muchachos y lo primero que habló fue en castellano. [...] Luego se marchó Mancúnomay [cacique puelche del Nahuel Huapi], y quedando los tres indios y las indias comenzaron a hablar no solo en lengua chilena, sino en castellano, aunque poco." (Menéndez 1900:411)

Por último, entre el 20 y 22 de marzo siguientes, ante el misionero "llegaron cuatro mujeres de lo de Chulilaquin; dos hablaron mucho en castellano" (idem:424).

Por su parte, mujeres aónik'enk de mucho más al sur tampoco escapaban a estas virtudes idiomáticas. De eso nos enteramos por Juan Gutiérrez de la Concha, que en el golfo de San Jorge se topó en 1794 con el pequeño grupo del cacique Vicente y el 25 de diciembre de ese año mantuvo una charla con éste y su esposa Necocha. En la ocasión, el matrimonio recordó a Antonio de Viedma, a quien habían conocido en el establecimiento de San Julián: "La conferencia fue larga sirviendo de intérprete la misma Necocha, que entendía perfectamente el castellano y lo hablaba bastante regularmente" (Gutiérrez de la Concha 1795, f.356 vta.).

Había casos aun más notables, como el que anotó en 1829 Alcides D'Orbigny luego de conocer

tolderías cercanas a Carmen de Patagones:

"En un toldo de patagones amigos, hallé una mujer llamada Lunareja, que hablaba lo suficiente español como para servirme de intérprete; pertenecía a la nación puelche y estaba casada con un patagón, de manera que conocía igualmente los dos idiomas. [...] Conocía también el araucano ..." (D'Orbigny 1945, II:689)

EL VALOR DE LA DOTE

Fuentes de época bien conocidas y estudiosos posteriores han tocado el tema de las dotes matrimoniales a partir del siglo XVIII, de modo que aquí nos limitaremos a recordar la importancia de éstas y así resaltar otro factor de riqueza asociado con las mujeres. Los bienes entregados a las familias de las novias en ocasión de arreglarse un casamiento variaban en calidad y cantidad, pero eran casi siempre tales que justificaban - además del papel femenino como fuerza laboral - aquel aserto de Luis de la Cruz que citamos al comienzo de este trabajo, sobre que el hombre con muchas hijas era rico y el que solo tenía hijos varones resultaba pobre. La compensación recibida por los familiares de la novia - malinterpretada a veces como "precio" - incluía un surtido de animales y manufacturas¹⁹. Variaba éste según los casos, y las hijas o hermanas de personajes muy importantes requerían un desembolso mucho mayor que las esposas provenientes de familias del montón; veamos, por ejemplo, qué informaba Sánchez Labrador para mediados del XVIII:

¹⁷ Sobre esta mujer, Fonck consideraba en una nota al diario de Menéndez: "Esta india se llamaba también María, según veremos más abajo, y vivía a orillas del río Limay; Menéndez pasó dos veces a su casa en su excursión por el río Limay. Por la identidad del nombre y por la circunstancia que la María López, que era casada con un hermano del cacique Chulilaquin, se mostró bien informada sobre el río Limay y el lago Nahuelhuapi, me he figurado vagamente que esta última haya sido quizás la misma María nuestra" (Menéndez 1900:368). Para ello debería haberse divorciado o envidado de este hermano de Chulilaquin, ya que - como vemos en el párrafo de Menéndez - la que aquí nos ocupa era en 1793 esposa de otro hombre, en otro grupo étnico. Si bien esto no es imposible, parece más simple pensar en la coincidencia del nombre María, muy común.

¹⁸ Fonck, en sus notas (Menéndez 1900:411) acota que dicha mujer bien pudiera ser la ya mencionada Teresa.

¹⁹ Entre los tehuelches, Musters apuntó entre 1869 y 1870 que además los parientes de la novia aportaban una serie de regalos a la nueva pareja, los cuales en caso de divorcio quedaban en poder de la mujer (Musters 1964:253). No recuerdo haber visto este dato en otras fuentes respecto de los grupos más septentrionales.

"Ajustada la paga de la muchacha, viene el novio y futuro marido acompañado de sus parientes más inmediatos, los cuales traen las cosas en que se puede hacer la paga. Redúcense éstas a un chafalote o sable; a algunas bacinillas de latón; a sartas de cuentas de vidrio; cascabeles; ponchos de lana bien tejidos y teñidos; algunos caballos de buen pelo, overos, blancos o bayos, mansos y bien enseñados." (Sánchez Labrador 1936:71)

A estos bienes hay que añadir, crecientemente a medida que aumentan la araucanización y los tratos con grupos trasandinos, adornos personales y piezas para montar confeccionadas en plata.

CAUTIVAS

En relación con todo el panorama económico reseñado se comprende mejor una de las múltiples facetas del papel de las cautivas en estas sociedades, que en parte analizaba De la Cruz (1836:47). El hombre pobre, incapaz de reunir una dote (nótese que además de ganado, se incluían en ella una serie de mercancías) podía acceder mediante la guerra a una esposa cautiva (sus hijos tendrían el mismo estatus que cualquier otro miembro del grupo), eludiendo así la necesidad de aquel desembolso. Pero también podía (además de venderla a otro grupo o canjearla por familiares prisioneros) entregarla a otro hombre en matrimonio, recibiendo en cambio una dote igual a la de una hija o hermana (De la Cruz 1836:47)²⁰. Por eso no es extraño que aunque se capturasen hombres y niños, la proporción de mujeres cautivas fuese superior:

Socolow da ejemplos en que superaban el 60% (1987:118).

Como señala esta última autora (Idem:117), la poliginia admitida en estas sociedades pampeano-patagónicas facilitaba la incorporación de las mujeres en la estructura familiar. Las cautivas, por otra parte, realizaban las mismas tareas que las demás mujeres (y eventualmente quedaban algunas al servicio de las esposas de personajes muy importantes), incrementando de esa manera la producción local y, con su excedente, las posibilidades de intercambio.

CONCLUSION

Si enfocamos las transformaciones ocurridas en estas sociedades no solo en función de la ganadería en sí misma sino en relación con el desarrollo de un complejo sistema articulado fuertemente mediante el intercambio de bienes, vemos crecer la dimensión del papel femenino en tanto sustentador, entre otras cosas, de una producción textil de considerable peso. Además, surge de las fuentes una presencia de la mujer en los intercambios -de tanta gravitación económica- bastante superior a lo que habitualmente pensamos, y en un considerable pie de igualdad con el hombre.

Al fin y al cabo, viendo las cosas a esa luz -y sin pretender ingenuos mecanicismos causales-, no ha de extrañarnos que la figura máxima del panteón religioso mapuche -de fuerte peso entre las parcialidades pampeano-norpatagónicas- sea una tetralogía²¹ compuesta por los principios Joven / Viejo y... Masculino / Femenino.

²⁰ Otros papeles de los cautivos se explican en este mismo diario de De la Cruz, en Mansilla 1980 (quien describe varias situaciones particulares), Mayo s/f y 1985, León Solís 1989-90 (que destaca su lugar como fuerza de trabajo, símbolo de estatus e instrumento de negociación política con los "blancos") y, por supuesto, Socolow 1987 (en línea similar, Jones 1983).

²¹ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Casamiquela 1964, Grebe *et al.* 1971 y Waag 1975.

BIBLIOGRAFIA Y DOCUMENTOS

Abreviaturas:

ADH:	Archivo del Depósito Hidrográfico del Ministerio de Marina (Madrid)
AGN:	Archivo General de la Nación (Argentina)
AGI, ACh:	Archivo General de Indias (Sevilla), Audiencia de Charcas
CHCH:	Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional, 29 tomos, Santiago, 1861-1902
COD:	Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, 6 tomos, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835-7.
FFyL:	Facultad de Filosofía y Letras
ICA:	Instituto de Ciencias Antropológicas
IEHS:	Instituto de Estudios Histórico-Sociales
IEP:	Instituto de Estudios Peruanos
ME:	Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", FFyL, UBA
RBN:	Revista de la Biblioteca Nacional
SAA:	Sociedad Argentina de Antropología
UBA:	Universidad de Buenos Aires
UNCP:	Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
UNS:	Universidad Nacional del Sur

Assadourian, Carlos Sempat

1982. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno. Regiones y espacio económico.* Lima, IEP.

Baigorria, Manuel

1975. *Memorias.* Buenos Aires, Solar/Hachette.

Barne, Jorge

1837. Viage que hizo el San Martín, desde Buenos Aires al Puerto de San Julián, el año de 1752. En: "Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de Patagonia". De Angelis, Pedro, COD, 5.

Bechis Rosso, Martha Aurora

1984. *Interethnic relations during the period of nation-state formation in Chile and Argentina; from sovereign to ethnic.* Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International.

1989. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder? Buenos Aires, m.s., ponencia presentada en el Ier Congreso Internacional de Etnohistoria (Buenos Aires).

Boschín, María Teresa y Lidia Rosa Nacuzzi

1979. Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo tehueche meridional. Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología, *Serie monográfica*, 4.

Cabildo de Buenos Aires

1752. [Información, presentada en 1752 octubre 15, sobre la Reducción de Pampas a cargo de la Compañía de Jesús], AGI, ACh, Leg. 221, copia transcripta ME.

Cabrera, Pablo

1934. *La conquista espiritual del desierto*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Sección Humanidades, Dirección de Publicidad, 5.

Cartas anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609 - 1614).
1927. *Documentos para la Historia Argentina*, XIX. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, FFyL, UBA.

Cartas anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1615 - 1637).
1929. *Documentos para la Historia Argentina*, XX. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, FFyL, UBA.

Casamiquela, Rodolfo M.

1964. Estudio del nillalún y la religión araucana. *Cuadernos del Sur*. Bahía Blanca, UNS.

1965. Rectificaciones y ratificaciones hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. *Cuadernos del Sur*. Bahía Blanca, UNS.

1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandés*. Santiago de Chile, Ediciones del Museo Nacional de Historia Natural.

Consuegra, Manuel

1939. Relación que da el cavo de Blandengues ... delo acahesido en el viaje que hizo por orden del Exmo. Sor. Virrey a los establecimientos de Patagones. En Sánchez Zinny, E.F., *La Guardia de San Miguel del Monte (1530 - 1830)*:377-9. Buenos Aires, Damiano ed.

Cooper, John M.

1925. Culture Diffusion and Culture Areas in Southern South America. *XXIer Congreso Internacional de Americanistas*, 2:406-21. Göteborg.

1946. The Patagonian and Pampean hunters. En Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, 1:127- 168. Washington, Smithsonian Institution.

Córdoba y Figueroa, Pedro

1862. Historia de Chile por el maestro de campo don ... En *CHCH*, II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril.

Cox, Guillermo E.

1863. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862 - 1863*. Santiago, Imprenta Nacional.

Crivelli Montero, Eduardo A.

1991. Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es Historia*, 283:6-32. Buenos Aires.

De la Cruz, Luis

1836. Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los pehuenches; y de los demás espacios hasta el río de Chadileubu, reconocidos por D. ..., Alcalde Mayor Provincial del ilustre Cabildo de la Concepción de Chile. En De Angelis, Pedro, *COD*, 1. Documentos relacionados con la pesca de la ballena y bacalao en los mares patagónicos e

industrias conexas.

1939. *RBN*, II (8):660-71. Buenos Aires.

D'Orbigny, Alcides

1945. *Viaje a la América meridional*. Buenos Aires, Futuro.

Falkner, Tomás

1836. Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional. En De Angelis, Pedro, *COD*, 1.

[Fragmento de un informe, ¿1795?, sobre la costa patagónica y establecimientos en ella], ADH, Costa Patagónica, t. 1, 3, 1a, Doc. 4 (leg. 9), copia transcripta ME.

Garavaglia, Juan Carlos

1986. Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida?. *Anuario IEHS*, 1:45-87. Tandil, IEHS, UNCP.

Garay, Juan de

1915. Carta de ... a S.M., en que da cuenta de las cosas de la tierra, refiere sus trabajos, y solicita mercedes. Santa Fe, 20 de abril de 1582. En Levillier, Roberto (ed.), *Correspondencia de la ciudad de Buenos Ayres con los reyes de España*, 1:425-31. Buenos Aires, Municipalidad de Buenos Aires.

Góngora Marmolejo, Alonso de

1862. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575, compuesta por el capitán ... y seguida de varios documentos. En *CHCH*, II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril.

González de Nájera, Alonso

1889. Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile. En *CHCH*, XVI. Santiago, Imprenta Ercilla.

Grebe, María Ester; Joaquín Fernández y Carlos Fiedler

1971. Mitos, creencias y concepto de enfermedad en la cultura mapuche. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, XVII (3):180-93. Buenos Aires.

Gutiérrez de la Concha, Juan

1795. [Diario, 1795, del reconocimiento de las costas patagónicas], ADH, Costa Patagónica, t.II, B, 1a, copia transcripta ME.

Harris, Marvin

1986. *Caníbales y reyes. Los orígenes de la cultura*. Barcelona, Salvat, Biblioteca Científica Salvat, 18.

Herrera, José de

1686. [Autos, remitidos en 1686 diciembre 10, al Rey de España, sobre repartimientos de indios pampas sobrevivientes de la matanza hecha por el capitán Juan de San Martín en 1680], AGI, ACh, Leg. 282, copia transcripta ME.

Informe sin fecha ni firma

1938. *RBN*, II (7):602-14. Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional.

Jones, Kristine L.

1983. La Cautiva: An Argentine Solution to Labor Shortage in the Pampas. En Luis Clay Mendez y Laurence Bates, eds., *Brazil and Rio de la Plata: Challenge and Response, an Anthropology of Papers Presented at the Sixth Annual Conference of ICLLAS*. Charleston.

León Solís, Leonardo

1982. La Corona española y las guerras intestinas entre los indígenas de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760 - 1806". *Nueva Historia. Revista de historia de Chile*, año 2 (5):31-67. Londres, Institute of Latin American Studies.

1987. Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700 - 1800. *Boletín Americanista*, 36:75-104. Barcelona, Edicions i Publicacions de la Universitat de Barcelona.

1989-90. Comercio, trabajo y contacto fronterizo en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750 - 1800. *Runa. Archivo para las ciencias del Hombre*, XIX:177-221. Buenos Aires, ICA/ME, FFyL, UBA.

1991. *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700 - 1800*. (Prólogo de John Lynch). Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, Serie Quinto Centenario.

Mandrini, Raúl José

1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En Lischetti, Mirta (comp.), *Antropología*:205-30. Buenos Aires, EUDEBA, Biblioteca del Ciclo Básico, 2a edición.

1986. La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX). *Anuario IEHS*, 1:11-43. Tandil, IEHS, UNCP.

1987. Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario IEHS*, 2:71-98. Tandil, IEHS, UNCP.

1991. Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (s. XVIII - XIX): el caso del suroeste bonaerense. *Boletín Americanista*, 41:113-36. Barcelona, Edicions i Publicacions de la Universitat de Barcelona.

1993. Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII. *Ciencia Hoy*, 4 (23):26-35. Buenos Aires, Fundación Ciencia Hoy.

Mansilla, Lucio V.

1980. *Una excursión a los indios ranqueles (Prólogo y notas de Miguel Palermo)*, 2 vol. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Colección Capítulo, 25-26.

Marcoleta, Domingo de

1745. Memorial impreso de ... acompañado de una Información como también los acuerdos sobre la hostilidad del indio Calellano. AGI, ACh, Leg. 317, copia transcripta ME.

Mayo, Carlos A.

s/f. Fuentes para la historia de la frontera. Declaraciones de cautivos. Buenos Aires, mecanografiado, Cátedra Historia de América I.

1985. El cautiverio y sus funciones en una sociedad de frontera: el caso de Buenos Aires (1750 - 1810). *Revista de Indias*, 45 (175). Madrid.

Marlño de Lovera, Pedro

1865. Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán don ..., dirigida al exmo. señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, vice-rei y capitán jeneral de los Reinos del Perú y Chile. Reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús. En *CHCH*, VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril.

Menéndez, Francisco

1900. *Viajes de Fray ... a Nahuelhuapi publicados i comentados por Francisco Fonck*. Valparaíso, Gillet.

Molina, Manuel J.

1967. Antiguos pueblos patagónicos y pampeanos a través de las crónicas. *Anales de la Universidad de la Patagonia "San Juan Bosco"*, 3:19-75. Comodoro Rivadavia.

Morales Guñazú, Fernando

1938. *Primitivos habitantes de Mendoza. (Huarpes, puelches, pehuenches y aucas, su lucha, su desaparición)*. Mendoza, Best Hnos., 2a edición.

Murra, John V.

1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, IEP.

Musters, George Chaworth

1964. *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Buenos Aires, Solar/Hachette.

Nacuzzi, Lidia Rosa

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana, Cuadernos de Etnohistoria*, 1:103-34. Buenos Aires, ICA, FFyL, UBA.

Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco

1863. Cautiverio feliz del Maestro de Campo General Don... y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile, compuesto por el mismo. En *CHCH*, III. Santiago, Imprenta del Ferrocarril.

Oliveira, Roberto Cardoso de

1964. *O índio e o mundo dos brancos*. San Pablo, Difusão Européia do Livro.

1968. Problemas e hipóteses relativos à fricção interétnica: sugestões para uma metodologia. *América Indígena*, XXVIII (2):339-88. México, Instituto Indigenista Interamericano.

1977. Articulación interétnica en Brasil. En Hermitte, E. y L. Bartolomé (comps.), *Procesos de articulación social*: 282-304. Buenos Aires, Amorrortu.

Outes, Félix F.

1930. Introducción. En Cardiel, José, *Diario del viaje y Misión al río del Sauce realizado en 1748. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas*, 13. Buenos Aires, FFyL, UBA.

Palavecino, Enrique

1948. Areas y capas culturales en el territorio argentino. *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, VIII, 2a entrega:447-523. Buenos Aires, Coni.

Palermo, Miguel Angel

1986. Reflexiones acerca del llamado "complejo ecuestre" en la Argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, XVI: 157-78. Buenos Aires, ICA, FFyL, UBA.

1986-7. La expansión meridional de los camélidos domésticos en América: el caso del hueque de Chile. *Relaciones*, XVII (1), n.s.:67-79. Buenos Aires, SAA.

1988. La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos. *Anuario IEHS*, 3:43-90. Tandil, IEHS, UNCP.

1991. La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial. *América Indígena*, LI (1):153-92. México, Instituto Indigenista Interamericano.

Robles, Andrés de

1678. [Carta, 1678 mayo 24, al Rey de España], AGI, ACh, Leg. 283, copia transcripta ME.

Romano, Ruggiero

1965. *Una economía colonial: Chile en el siglo XVIII*. Buenos Aires, EUDEBA, Biblioteca de América.

Rosales, Diego de

1877-8. *Historia general del Reyno de Chile*, 3 t. Valparaíso, Imprenta del Mercurio.

Sánchez Labrador, José

1936. *Los indios pampas - puelches - patagones. (Prólogo y anotaciones por Guillermo Furlong Cardiff, S.J.)*. Buenos Aires, Viau y Zona.

Schindler, Helmut

1972-3. Tres documentos del siglo XVII acerca de la población indígena bonaerense y la penetración araucana. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 8:149-52. Buenos Aires, Secretaría de Estado de Cultura, Ministerio de Cultura y Educación.

Service, Elman R.

1973. *Los cazadores*. Barcelona, Labor, Nueva Colección Labor, 156.

Socolow, Susan Midgen

1987. Los cautivos españoles en las sociedades indígenas: el contacto cultural a través de la frontera argentina. *Anuario IEHS*, 2:99-136. Tandil, IEHS, UNCP.

Steward, Julian H. y Louis C. Faron

1959. *Native peoples of South America*. Nueva York, Mc Graw - Hill Book Co.

Viedma, Antonio de

1837. Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones. En De Angelis, Pedro, *COD*, 6.

Viedma, Francisco de

1938a. [Documento relativo a la expedición de Juan de la Piedra a las bahías Sin Fondo y San Julián, emprendida el 14 de Diciembre de 1778]. *RBN*, II (6):364-84. Buenos Aires.

1938b. [Informe de... al virrey Vértiz, del 17 de Junio de 1779]. *RBN*, II (7):419-23. Buenos Aires.

1938c. [Diario de..., sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Río Negro]. *RBN*, II (7): 503-52. Buenos Aires.

1938d. [Informe al Virrey Vértiz, del 13 de Octubre de 1783]. *RBN*, II (7): 588-602. Buenos Aires.

Vignati, Milcíades Alejo

1973. Un diario inédito de Pablo Zizur. *Revista del Archivo General de la Nación*, III (3):65-116. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación.

Villalobos, Sergio R.

1988. *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, Investigaciones.

Villarino, Basilio

1837a. Diario de la navegación emprendida en 1781, desde el río Negro, para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso y el desagüe del río Colorado. En De Angelis, Pedro, *COD*, 6.

1837b. Diario del piloto de la Real Armada D. ..., del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782. En De Angelis, Pedro, *COD*, 6.

Waag, Else María

1975. El Ser Supremo de los mapuches neuquinos. *Relaciones*, IX, n.s.:147-54. Buenos Aires, SAA.